

VIAGE DE UN DIA

A LAS RUINAS Y A LAS AGUAS MINERALES DE
TCHESME.

La mar se ha serenado y damos la vela con rumbo á Esmirna:—día de viento favorable, empleado en seguir lentamente la costa de Scio.

Los bosques bajan hasta la orilla del mar;— todos los golfos tienen sus ciudades fortificadas, con sus puertos llenos de buques menores;— la menor ensenada tiene su aldea; una innumerable multitud de pequeñas velas rasan las aldeas, llevando matronas y doncellas griegas que van á sus iglesias; en todas las cumbres, en todas las gargantas de las colinas, se ve blanquear una iglesia ó un lugarcillo; doblamos la punta de la isla, y hallamos un contra-viento que nos impele al golfo de Esmirna; hasta la noche disfrutamos del aspecto de los hermosos bosques y de los grandes pueblos alpinos que lindan con la costa occidental del golfo; altas murallas almenadas coronan la parte superior de la ciudad, y hermosas campiñas

llenas de arbolados se extienden á la izquierda hasta las montañas.

Allí corre el rio Melés; el recuerdo de Homero anima para mí todas las riberas de Esmirna; busco con los ojos aquel árbol en la orilla del rio, desconocido entonces, donde la pobre esclava depuso su fruto entre los juncos; aquel niño debía llevarse un día en su eterna gloria el nombre del rio, y el continente y las islas. Aquella imaginacion, que el cielo daba á la tierra, debía reflejar para nosotros toda la antigüedad divina y humana. Homero nació abandonado en la orilla de un rio, como el Moisés de la poesía; vivió miserable y ciego como aquellas encarnaciones de las Indias, que atravesaban el mundo con ropas de mendigos, y á quienes no se reconocía por dioses hasta despues de su paso. La erudicion moderna afecta no ver un hombre, sino un tipo, en Homero; esta es una de esas cien mil sabias paradojas en que los hombres quieren combatir la evidencia de su instinto íntimo; para mí Homera es un solo hombre, un hombre que tiene el mismo acento en la voz, las mismas lágrimas en el corazon, los mismos colores en la palabra; admitir una raza de hombres homéricos me parece mas difícil que admitir una raza de gigantes.

La naturaleza no produce sus prodigios por se-

ries; produce á Homero, y desafía á los siglos á que produzcan un conjunto tan perfecto de razon, de filosofía, de sensibilidad y de genio.

Bajo á Esmirna para recorrer la ciudad y las cercanías con M. Salzani, banquero y comerciante de Esmirna, hombre tan bondadoso como amable é instruido: por espacio de tres dias abuso de su bondad; todas las noches volvemos á dormir á bordo de nuestro bergantin. Esmirna no corresponde en nada á lo que espero de una ciudad de Oriente; es Marsella en la costa de Asia Menor,—vasta y elegante factoría donde los cónsules y los comerciantes europeos pasan la vida de Paris y de Londres: la vista del golfo y de la ciudad es hermosa desde lo alto de los cipreses de la montaña; en bajando, hallamos á la orilla del rio, que me complazco en tomar por el Melés, un sitio eucantador, no lejos de una puerta de la ciudad: este sitio es el puente de las caravanas; el rio es un límpido arroyo que duerme bajo la apacible bóveda de los sicomoros y de los cipreses; nos sentamos en sus orillas, y unos turcos nos traen pipas y café; si estas aguas han oido los primeros vagidos de Homero, yo gozo en oirlas murmurar dulcemente entre las raices de las plantas; las llevo á mis labios, lavo con ellas mi abrasada frente.

¡Ojalá renazca para el mundo de Occidente el

hombre que debe hacer el poema de su historia, de sus devaneos y de su cielo! Un poema así es el sepulcro de los tiempos pasados, adonde el porvenir va á dorar las tradiciones muertas y á eternizar por su culto los grandes actos y los grandes pensamientos de la humanidad; el que le construye graba su nombre al pié de la estatua que erige al hombre, y vive en todas las imágenes con que ha llenado el mundo de las ideas.

Esta tarde me han llevado á casa de un anciano que vive solo con dos criados griegos, en una casita en el muelle de Esmirna: la escalera, el zaguan y los cuartos están llenos de restos de escultura, de planos de Atenas en relieve y de fragmentos de mármol y de pórfido:—este anciano es M. Fauvel, nuestro antiguo cónsul en Grecia; echado de Atenas, que habia llegado á ser su patria, y cuyo polvo habia barrido toda su vida, como un hijo, para volver su estatua al mundo, vive ahora pobre y desconocido en Esmirna, adonde se ha traído sus dioses, y donde les tributa un culto de todas las horas: M. de Chateaubriand le vió, en su juventud, feliz en medio de las admirables ruinas del Partenon; yo le veía viejo y desterrado, y herido por la ingratitud de los hombres, pero firme y alegre en la desgracia y lleno de aquella filosofía natural que hace sobrellevar con paciencia el infortunio á los que han hecho su fortuna en su corazon; pasé una hora de olvido delicioso escuchando aquel escelente anciano.

Hallé en Esmirna un jóven de talento que cono-
cí en Italia, M. Deschamps, redactor del diario de
Esmirna; los restos del san simonismo habian si-
do arrojados por la tempestad á Esmirna; redu-
cidas al último trance, soportan sus reveses con
la resignacion y la constancia de una conviccion
firme.

No se debe juzgar de las ideas nuevas por el
desden que inspiran al siglo; todos los grandes pen-
samientos son recibidos como estrangeros en este
mundo; el san simonismo tiene en sí algo de ver-
dadero, de grande y de fecundo; la aplicacion del
cristianismo á la sociedad política; la legislacion
de la fraternidad humana: bajo este punto de vista
soy san simoniano: no es la idea lo que ha faltado
á esta secta eclipsada, pero no muerta; tampoco le
han faltado los discípulos; lo que le ha faltado, en
mi concepto, es un gefe, un maestro, un regulador;
no dudo que si un hombre de genio y de virtud,
un hombre juntamente religioso y político, confun-
diendo los dos horizontes en una sola mirada pro-
funda, se hubiera hallado á la cabeza de esta idea
naciente, la hubiera convertido en una poderosa
realidad; los tiempos de anarquía de ideas son es-
taciones favorables para la germinacion de los pen-
samientos fuertes y nuevos; la sociedad, á los ojos
del filósofo, está en un momento de derrota; no tie-
ne ni direccion, ni objeto, ni gefe; está reducida al

instinto de conservacion; una secta religiosa, social
y política que tuviese un símbolo, una bandera, un
objeto, un gefe, una mente, y que caminase com-
pacta y derecha en medio de estas filas desbanda-
das, conseguiria inevitablemente la victoria; pero
era preciso traerle á la sociedad su salvacion y no
su ruina, no atacar en ella mas que lo que la per-
judica y no lo que la sirve, convertir la religion á
la razon y al amor, la política á la fraternidad cris-
tiana, la propiedad á la caridad y á la utilidad uni-
versales, su único título y su única base;—un le-
gislador les ha faltado á esos jóvenes llenos de ce-
lo, devorados por una necesidad de fé, pero á quie-
nes han predicado dogmas insensatos; los organiza-
dores del san simonismo han tomado por primer
símbolo: Guerra á muerte entre la familia, la pro-
piedad, la religion y nosotros!—y por fuerza de-
bian perecer; no se conquista el mundo con la fuer-
za de una palabra, se le convierte, se le agita, se le
cambia; miéntras que una idea no es práctica, no
es presentable al mundo social; la humanidad pro-
cede de lo conocido á lo desconocido, pero no de lo
conocido á lo absurdo.

Algun dia se consumarán grandes revoluciones,
de que ya se ven señales en la tierra y en el cielo,
y los san simonianos han sido una de ellas; estos
se disolverán como corporacion, y formarán en ade-
lante, como individuos, gefes y soldados del nuevo
ejército.

15 de Mayo.

Salimos à toda vela del golfo de Esmirna y al llegar à la altura de Vourla, dando una bordada en la embocadura del golfo, encalla el bergantin en un banco de arena por torpeza del piloto griego; el buque recibe una sacudida que hace temblar los mástiles, y queda inmóvil à tres leguas de tierra:—todos subimos al puente:—momento de serena y solemne ansiedad en que tantas vidas aguardan su sentencia del logro incierto de las maniobras que se intentan; reina un completo silencio—ni una señal de terror: ¡el hombre es grande en las grandes circunstancias! al cabo de algunos minutos de esfuerzos impotentes, nos favorece el viento y nos hace girar sobre la quilla; el bergantin se desprende y no se declara ninguna via de agua:—entramos en alta mar; à nuestra derecha está la isla de Mitilene:—dia delicioso:—nos acercamos al canal que separa la isla del continente,—pero el viento se aplanan:—las nubes se amontonan en alta mar; al anochecer, el viento se escapa de aquellos nubarrones con el rayo;—furiosa tempestad:—oscuridad total:—los dos bergantines se hacen señas, y buscan la rada de Foglieri, la antigua Focea, entre los peñascos que forman la punta norte del

golfo de Esmirna: en dos horas, la fuerza del viento nos echa à diez leguas à lo largo de las costa: à cada instante cae y silba el rayo en las olas: el cielo, el mar y los retumbantes peñascos de la costa se ven iluminados por relámpagos que suplen la luz del dia, y nos muestran de cuando en cuando nuestro rumbo; los dos bergantines se tocan casi, y temblamos de que se estrellen uno contra otro; en fin, una maniobra atrevida en alta mar, nos hace tomar la estrecha embocadura de la rada de Focea; oímos bramar à derecha é izquierda las olas sobre las peñas; un descuido del timonel podria hacernos pedazos en ellas; todos estamos mudos sobre cubierta, aguardando à que se declare nuestra suerte; no vemos nuestros propios mástiles, tan oscura es la noche; de repente sentimos que el bergantin se desliza sobre una superficie inmóvil; algunas luces brillan al rededor nuestro en los contornos del golfo en que afortunadamente hemos entrado; echamos el ancla sin saber donde:—el viento ruge toda la noche en nuestros mástiles y en nuestras vergas como si fuera à arrancarlos; pero la mar está inmóvil.

Delicioso golfo de la antigua Focea, de media legua de circuito, abierto como una fortaleza circular entre graciosas colinas cubiertas de casas revocadas de colorado, de cabañas bajo los olivos, de huertos, de emparrados y sobre todo de magníficos campos de cipreses, à cuyo pié se ven las blan-

cas sepulturas de los cementerios turcos:—bajamos á tierra:—visitamos las ruinas de la ciudad que produjo à Marsella. Nos reciben con sumo agasajo en dos casas turcas, y pasamos el dia en sus jardines de naranjos.

La mar se calma al tercer dia, y salimos á media noche del puerto natural de Focea.

17 de Mayo 1833.

Hemos seguido todo el dia el canal de Mitilene, donde estuvo Lesbos.

Recuerdo poético de la única muger de la antigüedad cuya voz ha sido bastante robusta para atravesar los siglos. Solo quedan algunos versos de Safo, pero esos versos bastan para probar un ingenio de primer orden:—un fragmento del brazo ó del dorso de Fidias nos revela la estatua toda entera: el corazon de donde han fluido las estancias de Safo debia ser un abismo de pasion y de imágenes.

La isla de Lesbos es mas hermosa todavía á mis ojos que la isla de Scio. Los grupos de sus altas y verdes montañas cubiertas de pinabetes, son mas altas y pintorescas: la mar se insinúa mas profundamente en su ancho golfo interior:

los grupos de sus colinas que penden sobre la mar y ven el Asia de tan cerca, están mas solitarios, son mas inaccesibles, en vez de aquellas numerosas aldeas que pueblan los huertos de Scio; solo rara vez se ve el humo de una cabaña griega alzarse entre las copas de los castaños y de los cipreses, y algunos pastores en la punta de un peñasco, apacentando grandes rebaños de cabras blancas.

Por la tarde doblamos, con viento próspero, la estremidad norte de Mitilene. Vemos en el horizonte delante de nosotros, en la rosada bruma del mar, dos manchas negras, —Lemnos y Tenedos.

La misma fecha.

Son las doce de la noche: el mar está límpido como un espejo, y el bargantin resbala como una sombra inmóvil sobre la resplandeciente superficie: Tenedos sale de las olas á nuestra izquierda y nos oculta la mar; á nuestra derecha, y muy cerca de nosotros, se estiende, como una barra negruzca, la playa baja y desigual de la llanura de Troya. La luna llena que se alza en la cumbre del monte Ida, manchado de nieve, derrama una serena y dudosa luz sobre las cimas de las

montañas, sobre las colinas y sobre el llano, y luego va á herir el mar y le hace brillar hasta la sombra de nuestro bergantin como un espléndido camino donde no osan resbalar las sombras. Distinguimos los túmulos que la tradicion designa como las sepulturas de Patroclo y de Héctor. La luna ancha y colorada que rasa las ondulaciones de las colinas, semeja el sangriento escudo de Aquiles; ninguna luz se distingue en toda aquella costa mas que una hoguera lejana encendida por los pastores en una ladera del Ida; ningun rumor se oye mas que el latido de la vela que no tiene viento y que el vaiven del mástil hace resonar de cuando en cuando contra la verga; todo parece muerto como lo pasado en aquella escena descubierta y muda. Inclinado sobre los obenques del buque, veo aquella tierra, aquellas montañas, aquellas ruinas, aquellas sepulturas, salir, como la sombra evocada de un mundo acabado, aparecer, del seno del mar, con sus formas vaporosas y sus contornos indecisos, á los dormidos y silenciosos rayos del astro de la noche, y desvanecerse á medida que la luna se hunde detras de las cimas de otras montañas. Esto es una hermosa página mas del poema homérico; es el fin de toda historia y de todo poema;—nuevas sepulturas, ruinas sin nombre cierto, una tierra pelada y sombría, iluminada confusamente por astros inmortales;—y nuevos espectadores pasando indiferentes por

delante de aquellas riberas, y repitiendo por milésima vez el epitafio de todas las cosas: Aquí yacen un imperio, una ciudad, un pueblo, unos héroes: ¡solo Dios es grande! y el pensamiento que le busca y que le adora es el único que no perece.

No experimento ningun deseo de ir á visitar mas de cerca y de dia los dudosos restos de las ruinas de Troya; mas me gusta esta aparicion nocturna que permite al pensamiento poblar nuevamente estos desiertos y que no se ilumina mas que con la pálida antorcha de la luna y con la poesía de Homero; ademas, ¿qué me importan Troya y sus dioses y sus héroes? Esta página del mundo heróico es una página vuelta para siempre.

Empieza á soplar el viento de tierra, y de él nos aprovechamos para irnos acercando á los Dardanelos. Ya varios buques mayores que buscan, como el nuestro, esta difícil entrada, se acercan á nosotros; sus grandes velas grises como las alas de los pájaros nocturnos resbalan en silencio entre nuestro bergantin y Tenedos; bajo á los entrepuentes y me duermo.

18 de Marzo 1833.

Me despierto al amanecer, oigo el rápido surcar del buque y el vivo oleage de la mañana, que resuena como los trinos de los pajarillos al rededor de los costados del bergantin; abro una tronera, y veo, sobre una cordillera de colinas bajas y combas, los castillos de los Dardanelos con sus murallas blancas, sus torres y las inmensas bocas de sus cañones; el canal no tiene arriba de una legua de anchura en este punto; serpentea, como un hermoso rio, entre la costa de Asia y la costa de Europa, perfectamente semejantes. Los castillos cierran este mar, como las dos hojas de una puerta, pero en el estado presente de la Turquía y la Europa, es fácil forzar el paso por mar, ó efectuar un desembarque y tomar los castillos por la espalda; el paso de los Dardanelos no es inespugnable sino defendido por los rusos.

La corriente rapidísima nos hace pasar, como una flecha, por delante de Gallipoli y de las aldeas que ciñen el canal; vemos las islas del mar de Mármara; seguimos la costa de Europa por espacio de dos dias y dos noches, contrariados por vientos nortes. Por la mañana vemos las islas de los Príncipes en el fondo del mar de Mármara, en el golfo

de Nicea, y á nuestra izquierda el castillo de las siete torres y las aéreas puntas de los innumerables minaretes de Estambul, que sobresalen por cima de las siete colinas de Constantinopla. A cada bordada que damos descubrimos otros nuevos. A aquella primera aparicion de Constantinopla no esperimenté mas que una triste sensacion de sorpresa y desencanto. ¡Cómo! me decia yo entre mí, ¿son esos aquellos mares, aquellas playas, aquella ciudad maravillosa por los cuales abandonaron los señores del mundo á Roma y las costas de Nápoles? Es esa aquella capital del universo, sentada sobre Europa y Asia, que todas las naciones conquistadoras se han disputado sucesivamente, como el signo de la monarquía del mundo? Es esa la ciudad que los pintores y los poetas se imaginan como la reina de las ciudades,alzada sobre sus colinas y sobre un doble mar; ceñida de sus golfos, de sus torres, de sus montañas, y encerrando en sí todos los tesoros de la naturaleza y del lujo de Oriente? ¿Es eso lo que se compara al golfo de Nápoles, que ostenta una blanca ciudad en su seno abierto como un vasto anfiteatro? ¿Con el Vesubio, cuya dorada cumbre se pierde entre nubes de humo y púrpura, con los bosques de Castellamare que internan sus negras enramadas en un mar azul, y con sus islas de Prócida y de Ischia, con sus cimas volcánicas y sus laderas doradas por los pámpanos y blanqueadas por las villas, cerran;

do la inmensa bahía como gigantescos muelles puestos por el mismo Dios en la embocadura de aquel puerto? No veo aquí nada comparable con aquel espectáculo que siempre tengo presente; navego, es verdad, por un hermoso mar, pero las orillas son bajas ó se alzan en colinas monótonas y redondas: las nieves del Olimpo de Tracia que blanquean, es cierto, en el horizonte, no son mas que una nube blanca en el cielo, y no solemnizan de bastante cerca el paisaje. En el fondo del golfo no veo mas que las mismas colinas combas al mismo nivel, sin peñascos, sin ensenadas, sin sesgaduras; y Constantinopla, que el piloto me enseña con el dedo, no es mas que una ciudad blanca y circunscrita sobre un gran collado de la costa de Europa. ¿Merecia la pena de venir á buscar tan lejos un desengaño? Ni aun mirar queria yo lo que tenia delante, mientras las continuas bordadas del buque nos acercaban insensiblemente á la playa: pasamos ras con ras del castillo de las siete torres, inmensa mole gris de severa construcción de la edad media, que flanquea sobre el mar el ángulo de las murallas griegas de la antigua Bizancio, y fuimos á fondear bajo las casas de Estambul en el mar de Mármara, en medio de una multitud de buques y de botes retenidos como nosotros fuera del puerto, por la violencia de los vientos del norte. Eran las cinco de la tarde; el cielo

estaba despejado y el sol brillante; ya iba yo arrepintiéndome de la pobre idea que tenia de Constantinopla; las murallas de aquella parte de la ciudad, pintorescamente construidas con restos de antiguos muros y coronadas de pensiles, de kioskos y de casitas de madera revocadas de colorado, formaban el primer término del cuadro; encima, las azoteas de infinitas casas se alzaban como escaiones de una alta pirámide, interpoladas con copas de naranjos y agudas y negras cimas de cipreses; mas arriba, siete ú ocho grandes mezquitas coronaban la colina; y flanqueadas por sus calados minaretes, por sus columnatas morunas, alzaban al cielo sus dorados cimborios que inflamaba la reverberación del sol; las paredes de aquellas mezquitas pintadas de azul, los cobertizos de plomo de las cúpulas que las rodean, les daban la apariencia y el trasparente barniz de monumentos de porcelana. Los cipreses seculares acompañaban á aquellos cimborios con sus inmóviles y sombrías copas; y las pinturas de diversos colores de las casas de la ciudad, hacian brillar la vasta colina con todas las tintas de un jardín de flores.

Ningun rumor salia de las calles, ninguna reja de las innumerables ventanas se abria; ningun movimiento revelaba la habitacion de tan grande multitud de hombres:—todo parecia dormido bajo el ardiente sol de la tarde; solo el golfo, [surcado en todos sentidos por velas de todas formas y

tamaños, daba señal de vida. Veíamos á cada instante desembocar del Cuerno de Oro (abertura del Bósforo), del verdadero puerto de Constantinopla, buques á toda vela que pasaban por junto á nosotros huyendo hácia los Dardanelos; pero no podíamos ver la entrada del Bósforo, ni aun formarnos idea de su posicion. Comemos sobre cubierta, en frente de ese mágico espectáculo; varios caiques turcos vienen á traernos provisiones; los barqueros nos dicen que ya casi no hay peste: envío mis cartas á la ciudad:—á las siete, M. Truqui, cónsul general de Cerdeña, acompañado de los oficiales de su legacion, viene á visitarnos y á ofrecernos la hospitalidad en su casa de Pera; no hay posibilidad de hallar posada en la ciudad, recientemente incendiada; la franca cordialidad de M. Truqui y la confianza que nos inspira desde el primer momento, nos mueven á aceptar. Como siguen soplando vientos contrarios, los bergantines no pueden levantar el ancla esta noche, y tenemos que dormir á bordo.

CONSTANTINOPLA.

20 de Mayo 1833.

A las cinco ya estaba yo de pié en el puente, el capitan hace botar al agua una lancha, salto en ella con él, y damos la vela hácia la embocadura del Bósforo, costeando los muros de Constantinopla, que lame la mar; al cabo de media hora de navegacion por entre una multitud de buques al ancla, llegamos á las tapias del Serrallo, que son una continuacion de las de la ciudad, y forman, en la estremidad de la colina que sostiene á Estambul, el ángulo que separa el mar de Mármara del canal del Bósforo y del Cuerno de Oro, ó gran rada interior de Constantinopla:—allí es donde Dios y el hombre, la naturaleza y el arte, han colocado ó creado de comun acuerdo, el punto de vista mas maravilloso que humana mirada puede contemplar en la tierra;—lancé un grito involuntario y olvidé para siempre el golfo de Nápoles y todos sus encantos;—comparar algo á este magnífico y gracioso conjunto, es injuriar á la creacion.